EL TIC-TIC[1]

Había llovido tanto que los niños no pudimos salir. Hubimos de quedarnos en casa, mirando, desde la amplia veranda, las gotas que colgaban y caían de los extremos de las *nipas*, cubierta del anchísimo alero que protegía la galería abierta del embate del turbión. Esta visera pajiza presta, al mismo tiempo, sombra fresca a la galería en las horas de calor.

Cuando anocheció, la humedad nos empujó al interior de la casa, refugiándonos en el comedor, que era como una continuación vertical de aquella parte de la veranda donde desembocaba la amplia escalera.

Jugamos a la *chonca*[2]; Juana nos ganaba.

---

[1] *El *patianac* es otro nombre que recibe el duende *tic-tic* de este cuento. A este ser se le atribuyen tanto el fallecimiento de un bebé en un parto como el de un niño. Se dice que el pájaro *tictic* es el que señala al *patianac* el camino a la casa del recién nacido, por ello se procura ahuyentar a estos pájaros de los alrededores de una casa donde hay niños.

[2] Juego filipino que se juega en un bloque de madera donde se han hecho dos hileras paralelas de diez agujeros cada una. *El nombre de este juego puede escribirse de diversas maneras de acuerdo con la forma de pronunciarlo según las distintas regiones en Filipinas, así encontramos *chongka*, *sunka*, *sungca*, *sunkaan*, *sunca*, o *tsunka*. Es un juego conocido en todo el sudeste asiático, aunque su origen es africano donde se conoce como *mancala*. En cada región se juega una variante distinta. En la *chonca* filipina participan dos personas, tanto adultos como niños, situados a cada extremo de una especie de tablero de madera alargado en el que hay dos filas que, en su versión más sencilla, tienen siete orificios pequeños cada una, más dos agujeros mayores en cada extremo donde

Jugamos al *balinsay*[3]; Juana nos seguía ganando.

Yo me aburría y llegué a incomodarme. ¿Por qué ganaba siempre Juana? "No valía".

Le di un manotazo a los *sigays*[4] y pedí la cena. Tenía entonces siete años, muy independientes y muy voluntariosos.

—Es temprano todavía — me replicó cachazudamente Juana.

—Pues yo tengo hambre y sueño.

El perder me había puesto de mal humor. La luz del quinqué, de llama picuda, que lamía el tubo, pintándolo de negro, aumentaba mi sueño.

—Limpia el tubo Juana —grité impaciente.

Juana no respondió. Tampoco limpió el tubo.

—Ven acá —me dijo al fin—, te voy a enseñar a ganar a la *chonca*.

—No quiero, no quiero —respondí con mala educación.

Mis hermanos protestaron:

—Déjala, Juana, no la hagas caso. Enséñame a mí —pedía con ilusión el pequeño.

—No, que los *sigays* son míos y no quiero.

Los metí en un saquito y me di importancia. La necia importancia del propietario.

—Juana, déjala sola y cuéntanos un cuento —propusieron mis hermanos.

Pero los perros comenzaron a ladrar de tal forma que nos asustamos y mi padre se asomó a otear la oscuridad. La lluvia

---

se colocan los *sigays* o caracolillos que sirven de fichas. El juego consiste en acumular *sigays*. Mientras cada jugador controla una de las filas, y su tanto acumulado son los *sigays* que mantiene en el hueco grande que le corresponde, debe intentar que su contrincante se quede sin *sigays* para jugar.

[3] Juego visayo. *Una variante de la *chonca* utilizando el mismo tablero y las mismas fichas.

[4] Caracolillos para jugar a la *chonca*, al *balinsay*, etc.

se desplomaba sobre el ladrido de los animales. Al fin surgió por el hueco de la escalera un paraguas que, al cerrarse, dejó ver una cabeza de mujer cubierta con un pañuelo pardo. Los perros dejaron de ladrar y movieron la cola para saludar a la mujer. Era la costurera y la conocían. Traía un parche negro, redondo y perforado en su centro, pegado sobre cada sien. Y en su cara algo raro que mi corta edad de entonces no llegó a descifrar. Debía ser esa expresión característica, atenuada, de angustia moral, que asoma muy levemente al rostro del malayo.

—Buenas noches, señor —saludó.

—Cristina, ¿qué pasa? A estas horas, con este temporal...

—El niño, señor; seguramente se va a morir... Tiene muchas convulsiones. Continuamente le está pellizcando el *tic-tic*[5].

—El *tic-tic*, Cristina —replicó mi padre—, no existe. No digas tonterías. El niño tendrá algún trastorno. Mañana le verá el médico.

—Ay, señor, le vio ya y le mandó medicinas; pero el niño vomita todo y tiene mucha calentura.

—¿Qué le dais de comer?

—No quiere ya comer; ni el *balignon*[6], que tanto le gustaba, quiere ya.

—Pero mujer, eso es una barbaridad; darle *balignon* a un niño tan pequeño.

—El tío Tano nos dijo que le diésemos todo lo que quisiera, porque no había enfermedad. Que todo era el *tic-tic*, y había que desagraviarle.

—¿Cómo? —inquirió mi padre.

—Primero nos preguntó si teníamos dinero para comprar un cerdo. ¿De dónde iba yo a sacar el dinero si el *palay*[7] que

---

[5] Hombre-duende.

[6] Pescadillos transparentes, salados y calcinados al sol.

[7] Arroz que tiene su cáscara. *Nombre que en tagalo reciben tanto la planta del arroz como su semilla antes de ser preparada

sembramos el año pasado se lo comió la langosta? El tío Tano dice que tampoco fue la langosta, sino el *tic-tic*.

—Bueno, ¿y quién es el *tic-tic*?

—Sospechamos amo, que sea *Por siempre*, el vaquero que vive solo en los pastos del Calatcat.

—Eso es ridículo, Cristina; el pobre loco que apenas tiene fuerzas para cuidar las vacas mansas.

—Ah, señor, apenas tiene fuerzas; pero como es *asuang*[8], como es *tic-tic*, ya sabe el amo que tienen poder escondido esos hombres espíritus.

—Y el tío Tano, ¿quién es?

—Mediquillo, señor; conoce las hierbas para curar y las mezclas para vencer a todos los *asuang*s.

—Y ¿qué ha hecho, por fin?

—Pidió una gallina (porque no podíamos darle el cerdo) para hacer el sacrificio. Le extrajo la hiel, la mezcló con sangre, la echó mucha sal y con ello pintó al niño todos los agujeros de su cuerpo. Así el *tic-tic* no podrá entrar.

—¿Y luego? —preguntó mi padre ya impaciente.

—Luego, amo, colgó la gallina fuera de la ventana para que los espíritus contrarios al *tic-tic* se contentasen y venciesen a éste. Por la mañana ya no estaba la gallina. Los espíritus se la habían comido. ¡Aceptación del sacrificio, señor!

—Y el niño sigue peor. ¡Qué idiotas sois todos! Tráeme las botas, Juana, y el capote.

—Se va usted a mojar, señor; yo quería que me diera «algo nada más», a ver si se le quitaban las convulsiones y podía dormir.

---

como producto alimenticio. La definición que ofrece el D.R.A.E. de este término está incompleta.

[8] Nombre general para los duendes, espíritus malignos, etc.

—¿Y qué le voy a dar, si no sé lo que tiene? —respondió el amo malhumorado.

Se calzó las botas altas de goma y se puso el impermeable.

—¡Ay señor, ay señor!, que llueve mucho —gimoteaba la costurera.

Pero mi padre había bajado ya las escaleras seguido de un criado que llevaba el farol de campo. Cristina bajó tras él.

Nosotros, boquiabiertos, habíamos escuchado todo el relato de Cristina, y cada vez más medrosos nos habíamos apretujado junto a Juana. Apenas se hubieron marchado, pregunté:

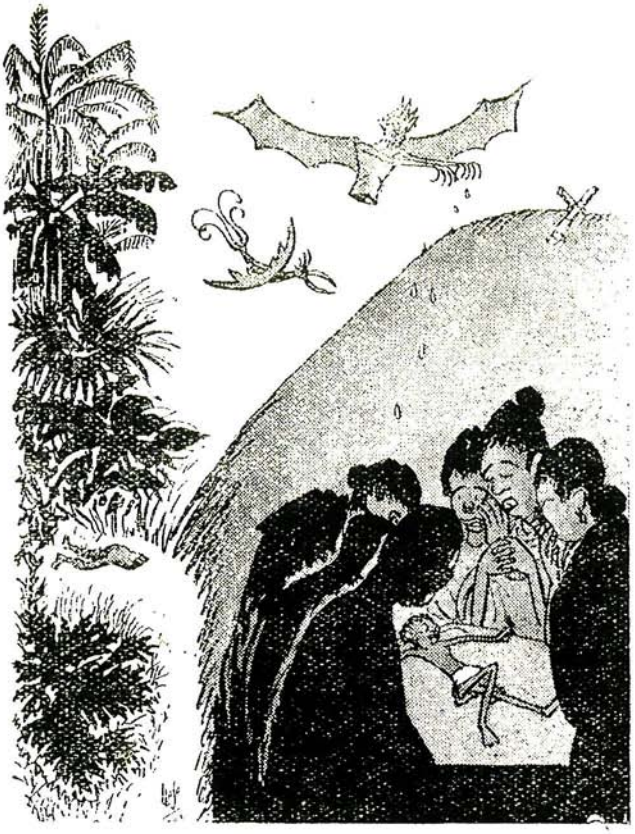
—¿Y por qué no puede entrar el *tic-tic* en el cuerpo del niño cuando le pintan todos los agujeros con sangre y hiel de gallina?

—¿Y qué es el *tic-tic*? —inquiría al mismo tiempo el más pequeño de nosotros.

—¿Y qué culpa tiene el niño para que le quiera matar y le pellizque? —interrogaba el mayor.

Juana impuso silencio con la promesa de contárnoslo todo. Callamos a fuerza de curiosidad.

—El *tic-tic* —comenzó Juana— es un hombre y un espíritu malo al mismo tiempo; o sea, que es mitad hombre mitad duende. Pero los demás seres humanos no sabemos si un hombre es *tic-tic*, y así puede vivir entre nosotros. Cuando riñe con alguien o cuando otra persona le hace mal, o simplemente si por envidia o por conveniencia suya quiere hacer daño a quienes le desagradan, el *tic-tic* se marcha a un bosque lejano, busca un paraje muy cerrado, un escondrijo seguro, y allí se convierte en duende, separando su cuerpo, de cintura para arriba, de la otra mitad, de la de las piernas.



—Se convierte en duende separando la mitad de su cuerpo...

Ésta la deja escondida entre el *cogón*[9], el *tigbaw*[10] o las cañas espinas y musita unas palabras mientras se aplica un ungüento de sebo de *iguana*[11] mezclado con cenizas de alas de murciélago, frotándose con ello los hombros. De esta manera consigue que le salgan alas también, y se marcha volando por los aires. Siempre tiene un pájaro amigo que le acompaña y que canta en la noche *tic-tic*, *tic-tic*, *tic-tic*; ¿no lo habéis oído alguna vez?

—Ay, síííí—contestamos a coro, en prolongado chillido. Y nos refugiamos en el regazo de Juana, que tuvo que arreglarse el *patadiong*.

—Sigue, sigue—la presionamos.

—Esperad un poco que voy a tomar la mascada.

—Cuenta mientras la tomas.

—No puedo, tengo que mascar bien la *bonga* y el tabaco.

Había acabado de doblar la hoja del betel, envolviendo la cal, y se la metía en la boca. Nosotros, nerviosos, comentábamos. Uno iba a matar a todos los *tic-tiques* cuando fuese «grande». El otro pintaría la casa con sangre y hiel de gallina muy saladas. Un tercero acabaría con los pájaros, para que no le acompañasen. Yo no decía nada. Tenía miedo, espanto..., dudas. No llegaba a creer lo que había oído.

Juana se levantó del suelo, donde nos habíamos sentado, pero nosotros la sujetamos fuertemente.

—Huuu, huuu —gesticulaba, haciendo ademanes de querer escupir.

---

[9] Planta gramínea de Filipinas. *De nombre científico *imperata cylindrica*, es originaria del sur de Filipinas, aunque hoy se encuentra en muchos lugares del mundo y en zonas tropicales crece como una mala hierba. La planta se utiliza para fijar el suelo en zonas de erosión, a menudo en playas. Sus cañas sirven para techar las casas, o para hacer esteras y cestas. También tiene usos medicinales.

[10] Especie de carrizo. *El *tigbaw* o *tigbau* también recibe el nombre *bugang* en visaya, y en tagalo se le conoce como *talahib*. Se trata de un tipo de caña de azúcar silvestre (*saccharum spontaneum*).

[11] Lagarto negro muy grande.

Agarrados a sus piernas la seguimos. Fue hacia la veranda y, se inclinó sobre la barandilla. La oscuridad nos aterró y, soltando a Juana, nos refugiamos otra vez en el comedor, lanzando agudos chillidos. Cuando volvió, la rodeamos medrosamente. Y ella continuó así:

—Pues si alguna vez volvéis a oír el *tic-tic*, *tic-tic* del pájaro que acompaña al *asuang* y queréis que desciendan ambos a vosotros, poneos en la oscuridad y frotad el borde destemplado del *bolo*[12] contra su vaina de madera, haciéndola rechinar. ¿Queréis que lo probemos?

—Ay, no, no, no—todos a la vez.

—Bueno, pues sigo—replicó complaciente—. El *tic-tic*, volando, volando, se va a hacer sus fechorías. Unas veces roba los niños y los deja en mitad de un campo lejano; pero casi siempre lo que hace es meterse debajo del tejado de la casa donde quiere hacer el mal y, situándose encima de la habitación del niño o de la persona a quien desea perjudicar, espera a que se quede dormido. Entonces convierte su lengua en un hilo finísimo de acero invisible y la deja caer sobre el cuerpo de la criatura, introduciéndosela dentro del hígado. Comienza a chuparle lentamente la hiel, hasta que el niño se pone enfermo, adelgaza y se muere.

—Ah, pues eso es lo que le pasa al niño de Cristina—dije yo.

—Seguramente—replicó Juana.

—Y después de pintarle con sangre, hiel y sal, ¿se va a poner bueno?

—No sé. Lo que más le gusta al *tic-tic* es la sangre y la hiel, pero la sal es un veneno mortal para él; por eso, para tentarle el apetito, se la mezclan con aquello. Si al introducir la lengua por el agujero, para llevarla al hígado del niño, lame, aunque sea muy

[12] Cuchillo típico, largo, ancho y afilado, es una especie de machete.

levemente, esa mezcla, queda envenenado con la sal y muere. Y si respeta el cuerpo de la criatura por miedo a la sal, entonces se salva también, porque ya no le sorbe su hiel. Ah, pero hay *tic-tiques* (desde luego los menos) que tienen tal fuerza de voluntad, tan encarnizado odio a su víctima, que consiguen llegar hasta el fin, sin tocar la sangre y la hiel saladas. Y así consiguen matarla.

—¿Y por qué no le cortan la lengua dando tijeretazos por encima de la cama del enfermo? —preguntó ingenuamente el hermano más pequeño.

—Porque la lengua del *tic-tic* no se puede mellar más que con una tijera que haya cortado alguna vez el ombligo de un niño que nació *tic-tic* también. Y es muy difícil encontrar tal tijera.

—Que prueben con todas las del mundo —exclamó el chiquitín entusiasmado, creyendo haber hecho un descubrimiento.

—Calla, tonto —replicó el mayor. Y continuó—. Pero, Juana, ¿tú crees que Blas, el vaquero del Calatcat es *tic-tic*?

—Eso dicen, porque desde que riñó con Roque, el hijo mayor de Cristina, a aquél no le han sucedido más que desgracias. Y ya veis ahora..., el único hijo que le queda...

—¿Por qué le llaman *Por siempre*? —interrumpió otra vez el nene.

—Calla, o te ahogo —amenazó el mayor.

—Porque en Semana Santa y fiestas del pueblo se ponía en la plaza a pedir limosna, repitiendo el estribillo: «Por siempre jamás bendito y alabado...»

—Pero eso es un rezo, Juana, y los espíritus malos no rezan —observé yo.

—Cuando son espíritus endemoniados, no; pero cuando son hombres, sí. Además, eso lo hacía antes.

—Bueno, bueno —interrumpió impaciente el mayor—. ¿Qué pasó con la familia de Cristina y con su hijo Roque?

—Es muy largo de contar y se va haciendo tarde.

—No importa, no importa —insistimos todos.

—Pues cenad primero, y así, mientras coméis, os iré relatando la historia, para que, aunque os quedéis dormidos, os pueda acostar cenados ya.

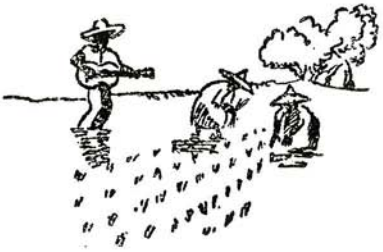
—¡Si no nos dormimos! —respondimos a coro.

—Ya lo veremos.

Puso la mesa, si así puede llamarse el colocar sobre ella un plato para cada uno, con una cuchara chica, la *morisqueta*[13] y las viandas frías que sobraron del mediodía, el jarro de la leche, la cafetera y el azucarero.

La lluvia seguía cayendo y el viento siseaba medrosamente entre el arbolado y contra las *nipas* del alero. Aquella noche de aguacero tropical, mientras agonizaba el nieto de Cristina, la costurera, Juana nos contó esta historia:

[13] Arroz cocido con agua, sin sal ni grasa.



EL VAQUERO DEL CALATCAT

Hacía varios años que Blas había ido a trabajar a la hacienda. Antes sirvió de criado en la casa del cura de La Carlota y había ayudado a misa alguna vez. Por eso conocía las oraciones de la religión católica. Las fiestas más celebradas en la localidad eran las de Semana Santa y la de la patrona del pueblo, Nuestra Señora de la Paz y Buen Viaje. En esos días acudían a los festejos todos los braceros de las haciendas vecinas, con sus familias, vistiendo trajes nuevos. Calzaban zapatos cuando venían y durante las ceremonias, pero generalmente regresaban con ellos en la mano. Era mucho sacrificio para un pie acostrumbrado a la santa libertad.

Blas se iba haciendo mocito y gustaba de la tarea de repartir estampitas y hojas impresas en la puerta de la iglesia. Así recreaba la vista con las caras de las *dalagas*[1] morenas, de pelo largo, lustroso, negro y piel limpia, que acudían gozosas a las fiestas del pueblo. Pedía al *Parí*[2] Juan que le dejase poner orden en las procesiones. Esto le proporcionaba ocasiones para agarrar

[1] *Mujer joven y soltera.

[2] Padre, refiriéndose a los sacerdotes. *Los fonemas /d/ y /r/ del castellano son alófonos en las lenguas indígenas filipinas, es decir, no sirven para distinguir palabras y son intercambiables en la mayoría de las posiciones, lo que explica la reducción de "padre" a "parí" o el intercambio que se da en tagalo de "pared" a "pader".

suavemente del brazo a las que se salían de la fila, colocándolas en su sitio, o de recoger cortésmente la chinela que abandonaba el pie cuando la de atrás pisaba el talón a la rezagada. Por estos galanteos las *dalaguitas* dulces le daban las gracias con una sonrisa diluida en el rubor. Encantador despertar de su alma y de su sangre, que fueron los años más gratos de su vida. Como llevaba muchos al servicio del *Parí* Juan conocía ya los grupos de los jornaleros y las haciendas de donde venían.

Primero llegaban los de la hacienda Cristina y los de San Roque, por ser las más cercanas al pueblo; después los de Cubay, los de la hacienda Fe, los de Candaguit, los de la Helena, los de Caiñamán. Los últimos eran los obreros de las haciendas del monte, la San Antonio, la Danao, etc., etc.

De la hacienda Caiñamán solía venir una chiquilla feúcha, pelo pardo y un vestido de un rosa fuerte, que cada año le estaba más corto. La pobre Doric (se llamaba Teodorica) no estrenaba más que zapatos blancos, porque los del año anterior se le quedaban chicos. Blas la hacía rabiar.

—Qué corto te han hecho el traje este año.

La chiquilla le miraba con ojos salvajes, llenos de ira.

Y al año siguiente:

—Este color me gusta más que el del año pasado, pero se te ven las enaguas.

—Son nuevas—decía la chica, sacándole la lengua.

—Ya se conocen, pero están bien porque te tapan algo las piernas.

—Animal, *bastús*[3] —insultaba la otra.

Blas se reía, hasta tropezar con una cara bonita que le dejaba muy serio. Sin embargo, no pasaba de mirarla. Cuando

[3] Ordinario, basto, grosero. *Se trata de uno de los muchos hispanismos en las lenguas de Filipinas.

se iba la gente y se quedaba solo en la iglesia, entre las velas apagadas y el olor a cera e incienso, despertaba dentro de él una sensualidad que no sentía entre las mujeres. Era la soledad, la oscuridad y el olor de lo sagrado lo que desencadenaba el correr de su sangre a través de las imágenes vistas, de los recuerdos de la tarde. Y entonces se prometía a sí mismo ser más hombre en la siguiente ocasión. Pero tan pronto como volvía a zambullirse en el ir y venir de las gentes, el ruido, las luces, el chicoleo, la visión cromática de los *patadiones*[4], el volteo de campanas y el ritmo de la música, una nerviosidad infantil se apoderaba de él y lo alejaba de aquella conducta que se había prometido.

Cumplió diecisiete años. Doric tenía ya quince. Había estrenado el año anterior un traje azul, igual al viso de los volantes de encaje que llevaba el carro de la Virgen. A Blas le siguió pareciendo cursi, aunque no tan fea. Se había cruzado en sus sueños también, muy levemente, cuando se quedaba solo entre el vaho de la fiesta —olor humano, cera e incienso, sopor de oscuridad y de silencio—, después de la última festividad. Las explosiones se hacían cada vez más fuertes. En cambio, su nirvana sentimental íbase acentuando en el ajetreo de las ceremonias. Deseó la llegada de la fiesta siguiente para volver a ver a Doric y fijarse mejor. Intervalo de unos meses. Las señoras y señoritas llegaron a la iglesia unos días antes para proyectar el arreglo de la carroza de la Virgen. Blas les abrió la puerta y las atendió. La víspera de la fiesta volvieron para colocar volantes y encajes, velas y flores artificiales.

Las naturales no las ponían hasta última hora. Se barrió la iglesia, se cambiaron los *amacanes*[5] del suelo; hubo ensayos de himnos y cánticos sagrados bajo el resuello fatigoso del órgano. A las cuatro de la tarde todo se hallaba listo, Blas,

---

[4] Funda amplia, inconsútil, que hace las veces de falda entre las indígenas.

[5] Esteras fuertes tejidas con tiras de corteza de bambú.

también. Había pedido al *Parí* Juan que le dejase cooperar en el mejor orden de la fiesta vestido de paisano. El *Parí* le miró de pies a cabeza y le dijo:

—Sí, ya eres un hombre, lo comprendo; queremos presumir, ¿eh?

Y presumió lo suyo. Dio órdenes, disolvió grupos en la puerta, repartió consejos para la mejor organización y habló con las *dalagas*.

Llegada la hora de comenzar había pasado un rato de angustia indefinida. Los de Caiñamán no venían. Ningún grupo comentaba el motivo. El carácter oriental de los nativos les baña en una pusilanimidad fatalista que les aleja de las extrañezas y de las alusiones ante hechos que no revistan demasiada gravedad. Pero Blas había esperado la llegada del grupo con un deseo abstracto y se impacientó al no verles venir. Aventuró a comentar:

—¿Qué ocurrirá con los de Caiñamán que aún no están aquí?

—Ya vendrán.

Y un viejo murmuró.

—Alguna *dalaga* que se ha compuesto más de la cuenta.

¡Alguna *dalaga*! ¿Doric quizás? Pero ¿por qué se emocionaba al pensarlo si siempre le había resultado feuchilla y sin gracia? Dio varios paseos por delante de la puerta, para otear con disimulo el camino por donde habían de llegar. El volteo de las campanas, que avisaba la salida de la procesión, le empujó hacia el interior de la iglesia, donde debía formarse el cortejo a ambos lados de la imagen. Olvidó un momento a los de Caiñamán, colocando niñas, justamente delante de la carroza de Nuestra Señora de la Paz y Buen Viaje, inmediatamente detrás de la cruz y los ciriales. La procesión no llevaba más que esta carroza. Y después de

ella, más niñas, las hijas de los jornaleros, recién venidas de las haciendas. Allí debía estar Doric, entre las últimas por ser ya mayorcita.

La procesión se puso en marcha; se encendieron las velas con lumbre que iba ofreciendo Blas, y él también salió de la iglesia. Fuera había gente agrupada y los curiosos que sólo querían ver a la Virgen sin intención de acompañarla por las calles del pueblo. Blas apartaba a la muchedumbre para abrir paso a la procesión. De pronto, una mano le agarró suavemente del brazo, y al mismo tiempo una voz femenina le interrogaba:

—¿Dónde me coloco, Blas?

No conoció la voz y se volvió. En el primer instante tampoco conoció a la mujer que le hablaba. Llevaba saya encarnada y camisa de *sinamay*[6] rosa, con un bordado de ramitos de hojas verdes y florecillas azules. Echado por encima del hombro izquierdo, un pañuelo de seda blanco, doblado en punta y recogido, en vez del pañuelo tieso almidonado, que, cual una pajarita de papel policromada, descansa sutilmente sobre los hombros de la camisa de mestiza[7]. Pero reconoció la sonrisa. ¿Y esos dientes tan blancos los había tenido siempre? ¿Y ese desdoblamiento de los ángulos de la boca, derramando toda un alma femenina sobre el rostro moreno? ¿Y ese algo nuevo, sin descubrir, que ahora era rosa, perfume, promesa, vida, mujer? ¡Mujer sobre todo! ¡Mariposa vivaz policromada, resucitada del sepulcro feo de su crisálida!

—¿Dónde me pongo, Blas?

Blas pensó sacrílegamente: "En la carroza; si estás tan bonita como la Virgen".

---

[6] Tela muy fina de abacá y piña.

[7] *El origen del uso del pañuelo como parte del vestido femenino tradicional parece estar en el hecho de que la camisa que llevaban las mujeres no estaba cerrada hasta el cuello; de modo que los religiosos españoles les obligaron a usar el pañuelo por razones de pudor.

Pero la procesión avanzaba, avanzaba. Y el párroco, con lentes calados, se acercaba.

—Espera aquí un poco; en seguida vuelvo.

Y fue despejando el paso hasta la calle a través del patio relleno de multitud. Así que hubo pasado el *Parí* Juan, retrocedió hasta Doric. Cruzaba delante de ella la carroza de la Virgen. En el rostro de la imagen rompían todas las luces, las del sol y las de las velas; florecían todas las rosas, las del huerto pueblerino y las de la fe. Volaban las campanadas con la alegría del que escapa de un encierro, palomas invisibles que se meten por el oído hasta el alma, hasta la sangre muchas veces. Blas las sintió. Hubiera querido coger en brazos a Doric y decirla:

"Tú no vas. Te quedas conmigo para que me cuentes cómo ha sido este milagro".

Haberla llevado a la iglesia oscura, de luces apagadas y olor a masas, a ceremonias, silenciosa, callada, donde él se sabía sentir tan hombre. Pero, como siempre, el vértigo le puso un freno.

Doric veía que su puesto habitual de otros años desfilaba y se alejaba ocupado por otra.

—¿Dónde me coloco, Blas? —insistió al verle indeciso, inmóvil, dentro de una mirada larga que la envolvía.

—Espera todavía; tú no puedes ir con las niñas. Eres ya una *dalaga*.

Habló brevemente con ella después de la procesión, pero como era tarde y había hora y media de camino hasta Caiñamán, el grupo partió tan pronto como consiguió reunirse. La evocación dentro de la iglesia, apagada, sola, saturada de olores, tuvo gritos de misticismo y de carnalidad. Blas se arrodilló ante la carroza, cansada de su paseo triunfal, y rezó una salve plegaria a la madre de Dios y madrigal del subconsciente a la mujer. Él llevaba una dentro de su alma.

Quería que la Virgen no le abandonase; más aún, que fuese su madrina, que le acogiese bajo su favor, que le ayudase a conseguir el amor de aquella chiquilla feúcha, ridícula de ayer. Que hiciera el milagro de despertar en ella la flor de maravilla a través de tanto espino como él había sembrado en su alma con sus burlas.

—Que no lo tome en cuenta, que no lo tome en cuenta y que sepa perdonarme —le rezaba a la Virgen.

Y prometió ser más bueno si la Virgen se lo concedía.

No se sintió con fuerzas para vivir alejado de ella y se despidió del servicio del señor cura. Le dijo que ya era un hombre y quería trabajar en una hacienda, ahorrar, ser aparcero algún día. Como no debía nada, le fue fácil irse, y más fácil aún ser admitido al trabajo en Caiñamán. Finalizaba enero y se estaba moliendo la caña para hacerla azúcar. Había necesidad de obreros en el *camarín*[8] de la molienda. Blas entró para surtir el carril conductor con nuevas cañas a medida que se iban prensando las anteriores. Los tres cilindros de acero rayado las mordían escupiendo *bagazo*[9] por un lado mientras el zumo escurría por sus lomos hasta un canalillo inclinado que llevaba el arroyo dulce a los enormes calderos donde se cocía. Con un saco de arpillera sobre el hombro hacía su faena.

Era la estación seca y el sol lucía esplendorosamente. Los jornaleros cantaban mientras trabajaban. A veces surgía del *camarín* una bandada de gritos y un repiqueteo de utensilios, un clamor salvaje, enardecido por el cansancio y la visión

---

[8] Edificio grande de una sola planta, abierto, pero techado, donde se instalaban los hornos, maquinarias, calderos, enfriaderas, depósitos, etc., para elaborar el azúcar de caña.

[9] *La caña picada se introduce en los molinos para extraer de ella su jugo. La fibra leñosa que queda después de este proceso se denomina *bagazo*. Adelina explica en el cuento de *El Lunuk del remanso verde* como este bagazo se utilizaba para poner los hornos en funcionamiento.

del amor. Era que por delante del *camarín*, a cien metros de distancia, sobre la calzada polvorienta, pasaba una mujer. O varias mujeres.

Blas procuraba buscar a Doric en los ratos de descanso e iba a su casa por las noches, después del tratajo. No tardó en hacerse querer. Su trato refinado, adquirido en el contacto con la casa parroquial, le destacaba entre los otros obreros, gentes del monte y del interior de las provincias, reclutados para la recolección de la caña, para la industria del azúcar *moscabado*[10]. Él resultaba un señorito entre ellos. Y esto halagaba a Doric.

Pero había otro pretendiente por medio, un hombre ya maduro, que trabajaba a destajo y tenía obreros a su servicio. Había adquirido una pequeña parcela de tierra acogiéndose a la ley del *homestead*[11], que distribuía las tierras vírgenes, sin desmochar, y había salido incólume de la prueba. Quiero decir que no le mató el paludismo y consiguió hacer ahorros. Vendía su *palay* todos los años. Tenía tres vacas y un *carabao*[12]. Era un rival demasiado poderoso para Blas, porque los padres de Doric eran pobres y llevaban muchos años soñando con el precio de la hija. Digo esto sin ánimo de escandalizar a nadie. Los hijos suelen tener siempre un precio, más o menos disimulada la venta, según las pretensiones de civilización

---

[10] *El moscabado, o moscobado, es el azúcar cruda, sin ningún tipo de refinación, extraída de la caña. Tiene un color café claro debido a su alto contenido de sacarosa.

[11] *Al pasar Filipinas a estar regida por el gobierno de Estados Unidos, eran de aplicación en su terriotorio leyes como ésta. Se trata de una famosa ley de 1862 por la que se esperaba impulsar la migración de la zona este a la oeste del país. La ley recoge que una porción determinada de tierra que estuviera sin explotar se le otorgaba a la persona que siendo mayor de 21 años viviera en ella durante al menos cinco años y construyera una casa, o también podía comprarla al estado a un precio reducido después de seis meses. Este principio legal se aplica hoy en las leyes internacionales, no solamente para poder reclamar propiedad sobre un terreno descubierto, sino también sobre otro tipo de bienes como nombres o inventos.

[12] *También escrito *karabaw*. Es un tipo de búfalo doméstico de agua (*bubalus bubalis*) característico de Filipinas. Se utiliza para trabajar en los campos de arroz y tirar de los carromatos.

que tenga cada país. Las fortunas de los pretendientes, en los países europeos, se cotizan siempre, y las dotes sirven para la compra de un marido. También se ha instituido que las almas den dinero, en algunos casos, para ser esposas del Señor. Pero no es culpa de las almas ni del Amor, sino de los mercaderes del templo. Los padres de Doric eran buenos mercaderes. Habían tenido la suerte, además, de que a la chica le saliera un pretendiente con algún dinero, que, según la costumbre, había de probar su amor aportando a la casa paterna su salario durante un plazo prudencial y rematar su aportación con un regalo valioso. El plazo oscilaba entre un año a tres, tiempo que se consideraba suficiente para familiarizarse con la muchacha, conquistarla si había resistencia y dar a conocer al pretendiente como carácter y como hombre. Desde luego, la muchacha resistía. Era joven, y el pretendiente, tartamudo, viejo y con unas calvas repugnantes en la cabeza que la tiña le dejó de muchacho. La prueba iba a prolongarse hasta el máximo: tres años. El pretendiente viejo cumplía pródigamente e iba preparando el regalo final. La muchacha no le quería: amaba a Blas y le buscaba. Él sabía todos los sitios donde podía hacerse el encontradizo y no faltaba nunca. Doric tardaba mucho en regresar cuando iba por agua al manantial; volvía ya oscurecido y sus padres la reñían.

A Blas no le quedaba más que un camino: ahorrar y ver si podía llegar a tiempo para arrebatarle la prenda al viejo. Pidió al amo un empleo de vaquero en el Calatcat y un pedazo de tierra para sembrar *palay*. El amo le dio el empleo, pero le negó el terreno.

—Si te doy el terreno no te vas a ocupar del ganado. Y a mí lo que me interesa son las vacas.

Se resignó. Quizá más adelante convencería al amo. De todas maneras, en el Calatcat podría tener una huertecita,

recoger plátanos y *camote*[13], *buyo* y *bonga* y venderlo todo en el pueblo los sábados. Por vivir alejado del caserío de los jornaleros ganaría más sueldo. Vería menos a Doric. Esto era un inconveniente, pero se sacrificaría, porque era el único camino.

Corría el cuarto mes del tercer año de la prueba.

Blas llevaba ya dos en el Calatcat. Las vacas estaban gordas y lustrosas. Las buscaba los mejores pastos, las llevaba a beber con frecuencia, las resguardaba de los rayos del sol en las horas de más calor. El amo estaba muy contento con él. Además, había aprendido a cuidar a los chotitos y no se le moría apenas ninguno. Le dieron una gratificación por Navidad. Blas creyó llegado el momento de pedir, una vez más, al amo la aparcería de *palay*. Le aseguró que podía cuidar de su siembra y de las vacas sin perjudicar a éstas. El amo le dijo que no otra vez. Él quería un buen vaquero; le pagaría más sueldo, pero la aparcería, no. Blas se retiró humildemente.

Corría el sexto mes del último año de la prueba. Empezaba a sobresaltarse. Con los ahorros y con el producto de lo que vendía no podría comprar la vaca que necesitaba dar a los padres de Doric para que se la concediesen. Comenzaba a desesperar, y algunas veces no podía remediar el llanto. ¿Estaría enfermo? Llevaba una época de mucho trabajo. Las vacas parían con frecuencia y había de pasarse las noches prestándolas cuidados. Los chotos necesitaban también especial atención. Él se la daba, pero le resultaba penosa la tarea por una especie de exacerbación de su sensibilidad. Los mugidos de dolor de las madres le causaban dolor a él también; la presencia del choto recién nacido le inundaba de ternura. Cuando la

---

[13] *Es una variedad de batata cultivada por todo el país que se utiliza mucho en la cocina filipina en platos principales y en postres. Se emplean tanto las hojas como el tubérculo (*ipomoea batatas*).

madre descansaba ya y la cría quedaba instalada cálidamente sobre la paja de *palay*. Blas volvía a su choza de caña y *nipa* y no conseguía conciliar el sueño en su camastro de bambú. En esas horas se agarraba más a él la solución de su problema. No podía renunciar a Doric; era joven, ella también y se querían. La novia comenzaba a impacientarse; sólo faltaban seis meses para dar su consentimiento y aún no se vislumbraba nada que la pudiese redimir del compromiso.

Al día siguiente, Blas iba a ver al amo y le daba cuenta del nacimiento del choto. Los otros nueve que habían nacido antes estaban perfectamente; las madres, inmejorables. Cuando volvía sacaba el ganado a pastar. Comenzaba a tener más compañía. Los aparceros de tierras *palayeras* habían hecho los semilleros; pronto la tierra parda se cubrió de un vello verde. Tan claro era el color, que bajo la luz fuerte parecía blanco. Tenía que multiplicar su vigilancia, porque el ganado miraba golosamente la hoja tierna y jugosa de la semilla nacida. A su vivir enfermizo, a su desasosiego constante, se mezclaron preocupaciones nuevas. La Cariñosa, una vaquita primeriza que nunca se crió fuerte, estaba a punto de parir. Su ojos enormes llevaban una tristeza enferma; lagrimeaban a menudo y miraban a Blas como pidiendo auxilio. Comía poco y se fatigaba rezagándose siempre que la conducía a pastar a algún paraje lejano. Oyó sus primeros mugidos al filo de la madrugada. A las doce del siguiente día, tras inmensos trabajos, acabo de parir y cayó extenuada. El choto, pequeño y flacucho, no se ponía en pie tres días después. Hasta entonces le había ayudado a vivir echándole sorbos de leche de otra vaca dentro de la boca. El amo fue a ver al chotito una tarde. Tan mal lo encontró, que ordenó a Blas que lo matase. Era vano intentar nada, porque la debilidad de sus patas no le dejarían nunca ser un animal útil.

—Señor, quiero pedirle no más una cosa.

—¿Otra vez la aparcería? Terco. ¿Pero no ves que ya están crecidos los semilleros y que ya no puedes sembrar? El año que viene, Blas, el año que viene.

—Gracias, señor, pero ahora no es eso.

—Tú dirás entonces.

—Señor, no me digáis que no —suplicó.

Blas estaba trémulo.

—Habla ya —exclamó el amo, asombrado ante aquella actitud.

—Regáleme el choto, señor, regálemelo. Ya que lo manda matar, regálemelo, y que sea para mí si llega a vivir.

—Eres ambicioso, Blas... Está bien, para ti el choto. Hágase el milagro de que te pueda servir de algo. Eres ambicioso..., no habrá más remedio que darte la aparcería el año que viene.

El amo picó espuelas y partió al galope.

—Gracias, señor; gracias, señor —quedó balbuciendo Blas.

Aquella noche esperó a Doric en el río, junto al manantial de agua purísima que, brotando de poros invisibles en la roca, venía a caer, resbalando, hasta una hendidura, y de ahí, a un plano más bajo formado por un escalón labrado en la piedra. En este plano se cavó un hoyo que servía de pozo, y el chorrito de agua clara atravesaba una hoja lanceolada colocada diariamente al extremo de la hendidura, proyectada sobre el plano por encima del pocito, para que el chorro cayese directamente en él sin resbalar por la pared de la roca. El manantial estaba un poco alejado del caserío, pero su agua era la mejor para beber, y con ella llenaban los naturales las *bangas*[14], que en el exterior de sus ventanas descansaban sobre un grueso bambú abierto en tiras en su extremo alto. Las tiras, entretejidas unas con otras y sujeta luego la trama a la ventana, abrazaban la *banga* y la sostenían.

---

[14] Vasijas casi redondas de barro.

Blas oyó muchos pasos y muchos rumores desde su escondrijo junto al manantial antes de que llegase Doric. Seguramente no esperaba verle aquella tarde y por eso venía sin prisa. Los padres, confiados con la lejanía de su vivienda, apenas la vigilaban. Y ella iba a la hora que quería y volvía cuando le daba en gana también. Sin embargo, no solían ir las mujeres tarde por agua. Tenían miedo de los *asuang*s, que acechan siempre en los sitios oscuros y frondosos.

Comenzó a ponerse el sol. Hacía rato que se había alejado de la cuenca honda del río. Blas seguía escondido entre los *tigbawales*[15], oyendo ruidos y un vaivén de rumores sobre las aguas en su correr. Anocheció y Blas se dispuso a marchar, seguro de que no vendría ya la que esperaba. Pero por la vereda escarpada de la ribera opuesta comenzó a bajar una canción. Era Doric, que cantaba, ahuyentando así el miedo. Andaba con prisa, doblando las rodillas para salvar los obstáculos y la pendiente, llevando sobre sus hombros el bambú hueco, largo y cilíndrico. Cruzó las aguas, y junto al manantial se aseguró el *patadiong*, ciñéndose la cintura, después de dejar la boca del bambú firme debajo del chorrito del agua.

—Doric, Doric —susurró Blas, llamando.

Un grito agudo recorrió la cuenca y los ecos prolongaron el grito, mientras Doric corría atravesando otra vez el río. Volaron varios murciélagos de entre la vegetación.

—Doric —llamó más fuerte Blas, corriendo tras ella.

Se volvió.

—¡Rayo, qué susto me has dado!

Y retrocedió, los pies morenos, juguete de las ondas, caricia de las piedras limpias.

—¿Sabes? Esta noche voy a hablar a tus padres.

---

[15] Donde crece el *tigbaw*.

—¿Estás loco?

—Sí, creo que estoy loco. Mi cabeza se va de mi cuello, mis ojos lloran por nada, mi sueño se escapa, mi corazón vive aplastado por un peso y todo flota, todo flota; pero por encima de todo lo que flota estás tú, siempre tú, Doric.

—¿Qué les vas a decir? No te harán caso.

—¿Por qué no? Les voy a ofrecer los ahorros, les voy a prometer una vaca.

—¿Dónde la tienes?

—En el Calatcat. Ahora es pequeñita, pero dentro de un año, cuando se la dé, será grande. Me la ha regalado el amo.

—Eso es mentira, Blas. El amo no regala vacas.

—Vacas buenas, no; pero chotos que no le sirven, sí. Este no lo quiere porque no se puede sostener sobre sus patas, y lo mandó matar; pero yo lo haré fuerte.

—No te harán caso —respondió Doric, desalentada.

Él la atrajo hacia sí, la sentó a su lado, la beso las manos tímidamente. El chorrito de agua del manantial cantaba una canción cada vez más aguda conforme se iba llenando el bambú. Las sombras eran negras, húmedas, misteriosas y sensuales.

—Te quiero para mí, Doric.

—Para ti seré aunque me case con otro.

—No, te quiero para mí solo; yo no sé transigir, como hacen los demás. En casa del cura leí libros donde se decía que los hombres no deben dejar que su mujer sea de nadie más. Y yo lo siento así. Por eso me estoy volviendo loco, por eso siento la cabeza vacía, por eso no puedo pensar, porque no sabría vivir si te supiera de otro.

—De otro, de otro —repitió Doric maquinalmente. Y sonrió con ironía.

—No, ¿verdad?, no será —interrogó, anhelante, Blas.

—Espero que no.

—Bésame.

El bambú, repleto, escurría el agua por sus lomos hasta su base, y de allí, sobre los pies desnudos de Doric. Todo era reboso: negrura de tinieblas, humedad cálida, líquido cristalino, hervores de sangre, sueños de corazón, amor, en fin..., y de pronto, el plenilunio descubriendo el secreto maravilloso con su luz amiga, invitadora, cómplice. Doric se soltó de sus brazos.

—Hace rato que está lleno el *bayong*[16] y es muy tarde —murmuró, ruborosa.

—Hasta luego —dijo él.

Y no pasó más.

Aunque parezca raro, los padres de Doric tomaron en serio el ofrecimiento de Blas. No lo es, sin embargo, si se considera que los viejos se habían dado cuenta de la protección que el amo dispensaba al vaquero, subiéndole el sueldo y anunciándole una aparcería para el año siguiente. Le preguntaron si tenía ahorros con el fin de devolver al novio viejo lo que ya había entregado. Contestó que sí. Y le prometieron romper las relaciones con aquél tan pronto como la vaca tuviese un año y se la pudiese considerar útil.

Blas se fue muy contento. Besó a la ternerita cuando llegó a su choza y la puso un nombre. La llamó *Hada*. Había leído cuentos de hadas en el convento y sabía que podían hacer cosas sobrenaturales con una varita mágica. Esta hada suya podía casarle con Doric. Pero antes había que ponerla fuerte. Le daba masajes con aceite de *tagulaway* [17] y luego la vendaba

[16] Bambú grueso de unos tres metros de alto, cuyos nudos han sido perforados por dentro, y que sirve para transportar agua sobre el hombro.

[17] Planta de semilla oleaginosa. *De nombre científico *parameria vulnerarias*, también es conocida como *bálsamo de Cebú*, entre otros muchos nombres. Las ramitas y las hojas se cuecen en aceite de coco para la preparación del bálsamo que sirve para curar heridas.

cuidadosamente las patas con la corteza de las ramas tiernas de un arbusto llamado *tuba-tuba*[18]. Tanto el aceite como la corteza tenían la virtud de fortalecer las articulaciones débiles en personas y animales, desarrollando un calor constante, beneficioso estímulo a la circulación. Alimentaba a la vaquita con biberón de la mejor leche de la vacada.

Y Hada se criaba hermosa, aunque sus piernas adelantaban muy lentamente.

En este momento de la historia nos encontramos con Roque y el resto de la familia de Cristina, la costurera.

Tenían una aparcería de *palay* en el Calatcat y el semillero muy cerca de la choza de Blas. La siembra había alcanzado la altura de un palmo y se araba con afán el barro de los bancales para la plantación definitiva. Roque, que era el hijo mayor, cuidaba del semillero y de preparar el terreno donde habían de transplantarse los brotes. Una semana después arrancaba las plantitas y las llevaba más lejos, a los *palayales*[19]. Huyendo del peligro de los semilleros ya crecidos, que tentaban el paladar de las vacas, Blas había llevado el ganado a pastar allí también. Ya una noche se había metido una madre con su choto en el semillero de Roque y éste había insultado al vaquero, amenazándole con echar a las vacas a pedradas de los alrededores. Ahora Blas tenía que redoblar sus cuidados, porque el *palay* crecía. Pero el trabajo no le pesaba. Hada mejoraba paulatinamente, y ya se había tenido de pie durante seis minutos el día anterior. Empezaba a enseñarla a andar. Hada, con su varita mágica, iba a casarle con Doric. ¡Doric! La ensoñaba a través de la clara atmósfera de los campos, en la reverberación

---

[18] **Jatropha curcas* es un arbusto que crece de forma silvestre y que se emplea en la demarcación de tierras y cercado de casas. Tiene muchos usos medicinales para los que se emplean sus semillas, hojas, raíces y corteza.

[19] Campo donde se siembra el *palay*.

del aire calcinado durante las siestas cálidas, sobre el oleaje verde de los *palayales* encrespados por el viento, y en la oscuridad de su choza, que la luna besaba cuando abría la puerta. La había ido a ver dos veces más, desde la última entrevista, junto al manantial verde y ocre en la torrentera honda del río. El viejo apenas la visitaba, aunque seguía abonando sus jornales, o, mejor dicho, su pensión semanal, por si a última hora Blas no podía cumplir y se la llevaba él. El vaquero la encontraba cada vez más mujer y más bonita, en su belleza malaya de tez bronceada, ojos negros redondos, nariz baja —sin punta casi—, sobre la risa de unos dientes blancos como la pulpa del *mangostan*. Sus cabellos sueltos, lasos, negros, oliendo a aceite de coco, se derramaban sobre su *patadiong* malayo hasta las corvas. La Virgen de la Paz y Buen Viaje no los tenía tan bonitos, aunque los llevase rizados. Y ahora se acordaba más de la iglesia y de la Virgen a quien había pedido el amor de Doric. ¡Si pudiera ir ese año a la fiesta del pueblo! Trató de arreglarlo, y conforme se acercaba la fecha crecía la esperanza de realizar su deseo, porque Hada no necesitaba apenas cuidados y podía dejar encerrado el ganado aquella tarde, con una buena ración de yerbas de *bugang*[20] y hojas de caña dulce. Lo habló con Doric y quedaron de acuerdo.

Cuando volvían de la fiesta, al oscurecer, con los zapatos en las manos y los pies descalzos, libres sobre el polvo de la calzada, se encontraron a un vendededor de *buyo* y *bonga* que venía del monte con su carga.

—¿Sois de Caiñamán? —interrogó a un grupo.

— Sí.

—Pues vengo del Canlaon[21] por Mao[22], y en el Calatcat he

---

[20] *Se trata del *tigbaw*.

[21] *En su ortografía actual escrito Kanlaon. Esta montaña forma parte de la cordillera que divide la isla de Negros. Es el volcán de más altura, tiene unos 2.500 metros y dos cráteres, uno de ellos activo. El Kanlaon conserva en sus laderas zonas de bosque que hoy son parque nacional.

[22] *Es un pueblo situado en una ladera del Kanlaon, hoy conocido como Ma-ao.

espantado de los *palayales* unas vacas que se estaban comiendo el *palay*. Llevaban en el lomo la marca de la Hda. Caiñaman. Las he alejado hasta el límite de la hacienda, y puede que no hayan tenido tiempo de volver a las siembras.

Se produjo un revuelo, porque los aparceros tenían los campos en un momento crítico. Blas palideció y echó a correr a campo traviesa y luego por un atajo. Encontró las vacas cerca de su choza, desperdigadas aquí y allá, y respiró tranquilo. Pero, al encerrarlas y hacer el recuento, faltaba Hada. Hada precisamente. La suya, la que debía casarle con Doric.

Comenzó la búsqueda con una antorcha de bambú rellena de trapos humedecidos en petróleo. Llegó a los *palayales*, recorrió los cañaverales del arroyo, atravesó los bosquecillos de *iñam* y de *bugnay* [23], volvió a retroceder, caminó por encima de los muretes de tierra que encajonaban el agua y el barro de los bancales y atisbó por detrás de todos los árboles, de todos los montículos que las termitas levantaban para hacer su casa. No encontraba su vaquita.

Se le apagó la antorcha. En medio de las tinieblas se sentó sobre un mojón de piedra y cal, y lloró de rabia. Como el arroyo de lava hirviente se derrama dentro de la apacible frescura de las aguas de un lago, así invadía su felicidad de unas horas antes la angustia de esos momentos, con un presentimiento que gritaba dentro de su propio miedo a perder la dicha buscada y trabajada con todos los ímpetus y los sudores de su hombría. Al cabo de unos minutos le pareció oír el crujir de las *sensitivas*[24] y rumor de pasos entre la maleza; luego, el silbido del aire cuando

---

[23] *El *bugnay* de nombre científico *antidesma bunius*, es también conocido como *bignay*. Se trata de un arbusto silvestre cuyo fruto, bastante ácido, sirve para hacer mermeladas y zumo. Se utilizan por sus propiedades curativas las hojas y las raíces.

[24] *Planta que recibe el nombre científico de *mimosa pudica* por contraer y recoger sus hojas al roce, también es muy sensible al humo.

lo corta rápidamente un cuerpo duro, el chasquido de un golpe y, después de un silencio, el mugido doloroso de una vaca.

Blas echó a correr hasta desembocar en la calzada. Allí se encontró con un hombre.

—¿Quién es? —preguntó el vaquero.

—Soy yo, soy Roque. Acabo de dar con una piedra a una vaca de tu toril que me ha comido media siembra. Te lo advertí, y me la has pagado.

Blas no oyó las últimas palabras. Había echado a correr en busca de Hada.

La encontró guiado por sus mugidos de dolor. La tentó en la oscuridad, recorriendo todo su cuerpo con las manos. Al pasarlas en torno a una de las patas delanteras la piel cedió entre las aristas del hueso roto. Partido completamente. Inútil ya para el trabajo, para todo. Como su vida, rota e inútil también. Se abrazó a Hada y juntó el dolor de su alma con el dolor físico de la vaquita amada. Sí, la amaba; ahora que ya no le serviría para su felicidad sintió que la amaba por ella misma y no por lo que prometió darle. Y lloró de pena, de amargura, de desolación.

—¡Solos, solos; ya estamos solos para siempre, Hada!

Juana interrumpió aquí su relato porque percibió las pisadas de mi padre, que volvía de la visita al nieto de Cristina. Mis hermanos se habían dormido. Cuando me miró se encontró en mis ojos, muy abiertos, unos lagrimones que corrían por encima de los pucheros mal disimulados. Me cogió en sus brazos y me besó.

—No llores, tonta.

—Es que no quiero que la vaquita se muera ni que sufra.

—No, no se muere y se cura luego —respondió para consolarme—; mañana te seguiré contando, ya que tus hermanos se han dormido.

—Cuéntame a mí sola.

—No puede ser; voy a acostaros a todos; tengo que servir la cena a los papás.

—No, no; cuéntame —insistí caprichosa.

—Mira, no te pongas tonta; si eres buena, te contaré el resto mañana; si no, ya no te cuento el final.

—Voy a despertarles para que escuchen —insistí, autoritaria.

Por toda respuesta, Juana me levantó en sus brazos y me llevó a la cama mientras yo protestaba.

—Bueno, pero ¿qué pasó con Blas? ¿Se casó con Doric?

—No, Doric se casó con el viejo y se fue de la hacienda, a un sitio muy lejano, a donde no podía ir Blas.

—¿Y qué más?

—Luego, Blas, como metió odio en su corazón, empezó a sentir que era *tic-tic* y se volvió malo.

—Juana, Juana... —llamaba mi madre desde el saliente de la galería—, saca la cena, que es muy tarde.

—¿Ves?, ¿ves? Ya me van a reñir.

Y salió precipitadamente de la alcoba.

Al día siguiente Juana terminó de relatar la historia de Blas.

La familia de Doric, al ver que aquél no podía entregarles una vaca útil y que, además, el amo le retiraría probablemente la aparcería prometida para el año siguiente, rompió el compromiso y casó rápidamente a la muchacha con el otro pretendiente.

Blas no la volvió a ver. Y vivió su agonía en medio de recuerdos, de odios y de planes de venganza. Ya no podía ser bueno, porque nadie supo serlo con él. Enfermó y arrastró su fiebre por el campo, vigilando las vacas. No quería quedarse solo en la yacija de su choza. Le importaba poco morir, pero quería algún tiempo para realizar antes su venganza en la familia de Roque. Recordó los cuentos de embrujados, de demonios metidos en los cuerpos para hacer mal que había leído en la biblioteca del *Parí* Juan.

Sintió un demonio dentro de sí mismo, pero no torturándole, sino con el poder de torturar a sus semejantes. De entre sus semejantes ya no quería a ninguno, y odiaba a todos los responsables de su infelicidad. Por una especie de respeto atávico, reprimía el rencor al propio amo. A él, no; a él no le podía odiar; era blanco y era el amo: el Dios le castigaría por ese sacrilegio. Pero a Roque y a su familia, sí; tenía derecho a devolverles el mal que le hicieron en la mayor cantidad posible. Y ni aún así sería bastante, porque su mal, el que recibió de ellos, no tenía medida.

Juana nos contó cómo hizo en un cajón plano, pero ancho, una miniatura de bancal, donde sembró *palay* y recortó un trozo correspondiente al que había segado Hada en el *palayal* de Roque. Todas las noches recitaba exorcismos sobre aquel cajón, que iba amarilleando y dejó de crecer lo que sembró. Al *palayal* de Roque también le sucedía lo mismo. Finalmente, las espigas que brotaron fueron huecas y no cosechó nada.

Esto era sólo el principio de los innumerables males que habrían de ocurrir a la familia de Cristina. Roque era el mayor de sus cinco hijos, entre los cuales había dos hembras. Las muchachas estaban ya casadas, así como Roque, que era padre de dos niños. Cristina, por ser la costurera de la casa del amo, tenía confianza para pedirle aparcerías, trabajos a destajo y otros privilegios corrientes en las haciendas. Había conseguido que la mejor parcela *palayera* fuese para su marido, parcela que, muerto éste, pasó al hijo mayor, Roque. También tenía una aparcería de caña cerca del caserío, caso único, pues sólo se concedían aparcerías de este cultivo en los terrenos lejanos, limítrofes de la hacienda, en dirección al monte. El mayor porcentaje del trabajo de pelar puntas para la siembra lo hacían las hembras de la familia, y una de las mejores viviendas del caserío, cerca de la casa del amo, con

una huertecita, era la de Cristina. La familia, en fin, había sido feliz hasta el día en que la vaquita Hada había quedado coja de la pedrada lanzada por Roque.

El primer fracaso lo tuvo éste con la pérdida de la cosecha del *palay*, asunto raro todo él, pues los aparceros vecinos habían recolectado, si no abundantemente, al menos en cantidad suficiente. ¿Qué había ocurrido? ¿Habría descuidado el campo o había errado en la técnica de la labor? ¡Pero si él era uno de los mejores labradores! El caso quedó sin explicación, y, como siempre, la gente de la hacienda comentaba que algún *asuang* le había echado mal de ojo al *palayal* de Roque.

Al año siguiente, cuando comenzó la época de lluvias, enfermó gravemente el chico mayor, con una anemia perniciosa, fiebres y vómitos, que el médico achacaba a un mal hereditario del hígado, pues Cristina y el propio Roque sufrían padecimientos de este órgano. El caso es que el muchacho murió. Aun no había hecho el año de la muerte de este niño cuando también perdió al otro, y la esperanza de tener un tercer hijo quedó frustrada con un aborto que a poco costó la vida a la madre.

Los viejos del caserío movían la cabeza, y con palabras entrecortadas balbucían en voz baja:

—Es el *tic-tic*, es el *tic-tic*.

Pero por más actos de desagravio que hacía la familia a ese ser sobrenatural que les causaba el mal, la suerte no cambiaba. Buscaron otro mediquillo, para ver si con éste obtenían mejores resultados. Los métodos eran los mismos: colgar un cerdo sacrificado de la rama de un árbol corpulento que pudiera ser la vivienda del espíritu malo.

Cuando ya no tuvieron cerdos, se sacrificaron corderos, todos los cuales desaparecían del árbol con gran satisfacción del mediquillo y de la familia, porque ello significaba que el espíritu había aceptado el sacrificio y quedaba calmado. A

medida que iba pasando el tiempo y las desgracias se sucedían. Cristina desconfiaba más y se hacía incrédula. Pero entonces, si no existía el *asuang* causante de los males, ¿por qué ocurrían éstos?

Y si era un espíritu, ¿dónde localizar al ser maligno que se ensañaba con ellos, y especialmente con Roque? ¿Qué ofensa irreparable le habían causado para que no hubiese medio de desagraviarle? Era menester buscar el motivo y encontrar al *asuang*.

Y entonces fue cuando comenzaron a sospechar de Blas, el vaquero del Calatcat. Su conducta había sido rara desde el día en que Doric se casó con el viejo labrador. Pero aquella melancolía extremada, su enfermedad, su adelgazamiento, la lividez de su piel, el aislamiento de sus semejantes, su mutismo cuando encontraba a los antiguos amigos, lo achacaban al doloroso desengaño de sus amores con Doric. Sin embargo, el tiempo no le curaba, y, cada día más retraído, más cerrado en su silencio, con una mirada concentrada en la tierra, sin levantar apenas los ojos del suelo, parecía, más que un hombre, un *asuang*.

En su choza no entraba nadie, porque ninguno recibía invitación para hacerlo, y cuando, al principio de su desgracia, algún amigo penetró en su guarida, Blas no mostró ni alegría ni cortesía alguna con el visitante, contestando apenas a las frases y a las preguntas que se le dirigían.

Esta actitud ahuyentó a los jornaleros de su trato, y al cabo del tiempo quedó olvidado, porque además, sólo bajaba a la hacienda para cobrar el sueldo o para dar cuenta al amo de los sucesos más principales de la vacada. Y cuando la traía para la inspección y el recuento, aparecía tras ella vestido sólo con un calzón corto y ancho, desnudo el medio cuerpo superior, con un *bolo* enorme colgado del cinto.

—Ciento diez, ciento once, ciento doce —terminaba de contar la señora del amo—. Están bien, Blas, ¿necesitas algo nuevo para su cuidado?

—Nada, señora —replicaba sombríamente, como si ni para las vacas ni para él tuviese necesidad de cosa alguna.

—Pues toma la sal; dásela dos veces por semana.

El hombre cogía el saco silenciosamente y se iba sin despedirse.

Su amo comentaba que el ambiente del Calatcat había hecho un salvaje del vaquero. Y, además, iba adquiriendo su rostro un aspecto de idiotez que resultaba inexplicable.

El ama, más práctica, replicaba:

—Déjalo; él cuida de las vacas y, además, jamás pide dinero por adelantado. Habrá pocos como este hombre en la hacienda.

Y ajeno a todo lo que de él se decía, tornaba a su vida solitaria, en su choza de paja, hermética ya para sus semejantes. Pero dentro de ella musitaba sus exorcismos, hervía sus brevajes, moldeaba sus muñecos y, sobre todo, concentraba su otro "yo" sobrenatural ahuyentando la humanidad de su cuerpo y de su espíritu para acabar de ser el ente maligno y poderoso que realizase el completo exterminio de la familia enemiga.

Conforme se iba haciendo *tic-tic*, conforme se iba alejando de su humanidad, conforme dejaba de ser hombre, íbase olvidando del amor de Doric. Su corazón se diluía en otro sentimiento de malignidad. También iba perdiendo su sexualidad. Los requerimientos se fueron haciendo cada vez más débiles hasta que se borró toda sensación e imperceptiblemente quedó sordo a la llamada viril. El amor no le interesaba en absoluto, el dinero no le atraía; el poder, sólo el poder de hacer mal era su obsesión, y puesta su voluntad y su vida al servicio de conseguirlo, fue logrando cuanto deseaba en el terreno de la venganza.

Habían pasado tres años desde que Hada quedó coja. Él era *tic-tic* y había conseguído que su enemigo Roque perdiese sus dos únicos hijos, malogrando un tercero. Pero no lograba matar a la mujer de aquel hombre. Y ahí quería herirle de muerte, porque todavía se daba cuenta de que el mayor dolor de la vida era aquel que le habían infligido a él: ¡perder la mujer amada!

Apenas hubo Cristina admitido la sospecha de que Blas pudiera ser el enemigo, trató de reconciliarse con él para evitar futuros males. Mas, ¿cómo? Sabía que odiaba a su hijo y que, de rechazo, la aborrecía también. No había medio natural de establecer contacto con el vaquero, porque llevaba tres años sin hablar apenas con sus iguales. Una visita a su cabaña alejada resultaría algo extraño y comprendería en seguida que se le buscaba. Ningún pretexto podría llevarla a ello. Y sin embargo, había que hacerlo. La catástrofe de los últimos años en la familia no podía continuar. El esfuerzo de toda la vida se desmoronaba devorado por aquel odio. Y si los medios que empleaba el enemigo eran sobrenaturales, no había manera de combatirlos. Todo había de sucumbir ante el empuje de aquel poder del infierno.

Cuando se lo dijo a Roque éste apretó los dientes, descolgó el *bolo* del ligero tabique de *amacan* y lo miró largo rato.

—Tendremos que matarle, porque aún me queda lo más querido que salvar —balbuceó sombrío.

—No —replicó la madre—, buscaré medios para aplacarle.

Callaron la madre y el hijo. Ese silencio tan característico de la raza, que parece vacío y es una plenitud inexpresable.

En los días sucesivos Cristina fue reviviendo el pasado. Recordó y repasó la historia de Blas, su estancia en el convento, el abandono de aquella vida muelle y civilizada por seguir a la *dalaga* de Caiñamán, sus ambiciones por merecerla, su lucha y, finalmente, el descalabro de la vaquita.

Pensó en ir a ver al *Parí* Juan. Peró desistió en seguida. Si era *tic-tic* se enfurecería frente a la intervención de un ministro de Dios. ¿Y Doric? ¿Dónde estaba Doric? ¿Qué habría sido de su matrimonio con el viejo tiñoso? ¿Estaría ya viuda? ¡Ah; si ella pudiera volver, si su presencia consiguiese ahuyentar el espíritu malo de aquel cuerpo, tornando a hacerle hombre! Si le capacitase para sentirse feliz otra vez, si la amargura escondida y el odio concentrado pudiesen convertirse en alegría y bendición. Puesto que la familia de Roque había sido la que le arrebató la mujer que amaba, había de ser ésta también la que se la devolviese. Y comenzó a hacer averiguaciones. Preguntaba a los que venían de los lugares más recónditos del monte qué familias tenían allí sus casas. Interrogaba a los que, en trotes largos, atravesaban la cordillera, y bordeando el volcán Canlaón, venían de la otra costa. Iba a visitar a las familias que fueron amigas de la de Doric. Nada concreto lograba averiguar. El marido de Doric era de un pueblecito de Capiz[25], del cual vino en una *sacada*[26] de jornaleros para la molienda. Había que atravesar el mar y emprender una larga jornada tierra adentro en la isla de Panay[27] hasta llegar allí. Pero Cristina estaba dispuesta a todo.

Mientras organizaba el viaje, hizo gestiones encaminadas a pulsar el estado de ánimo del vaquero. Y habló con uno de los viejos de la hacienda, antiguo amigo suyo, para que le abordase. Fue muy temprano, una mañana de abril, al Calatcat, con el pretexto de buscar setas. La tarde anterior, una tormenta estrepitosa había empapado la tierra y limpiado

---

[25] *Provincia situada en el centro de la isla de Panay.

[26] Grupo de obreros reclutados para la industria del azúcar.

[27] *Al noroeste de la isla de Negros se encuentra la isla de Panay, una de las más grandes e importantes del grupo central de Visayas. Esta es la tierra original de los *ilonggos*, que tienen su lengua propia, también llamada *hiligaynon*, y que se extienden por Negros Occidental.

la atmósfera. El calor, después de esto, hacía brotar y crecer las setas rápidamente. Las flores limpias esponjaban su rocío en la aurora cálida. Los pájaros soñaban en sus nidos con la caza de insectos, y las mariposas, las abejas y las libélulas bajaban a beber en el cáliz de las flores. ¡Mañana olorosa de los trópicos, de perfumes penetrantes! El viejo atravesó el puente y a lo largo de la orilla izquierda del río caminó bordeando la vegetación de su margen. En la humedad, que, a pesar del sol, conservaba en el terreno la tupida vegetación y la frondosidad ancha y parasólica de los árboles corpulentos, crecían robustas y frescas las madreselvas trepadoras y las *sampaguitas*[28]. Las flores del *kabiki*[29] y del *kamuning*[30] tachonaban el follaje de sus árboles. Olía a trópica primaveral y a sol naciente.

Y el viejo, encorvado sobre la tierra, miraba el suelo en busca de las setas. Eran las siete de la mañana cuando llegaba a la choza de Blas. Dio varias vueltas en torno de ella para ver si salía el vaquero. Llevaba un sombrero de paja en la mano lleno de setas.

—Buenos días, Blas —saludó tan pronto como le vio surgir tras la puerta de *nipa* y caña de su covacha—. Tú que conoces este terreno, ¿quieres indicarme dónde hay criaderos de setas?

—Yo que conozco el terreno y en él vivo tengo derecho a comérmelas —replicó cortante.

---

[28] *Flor de la especie de los jazmínes originaria del sudeste asiático, de nombre científico *jasminum sambac*. El arbusto crece hasta 3 metros de altura y da unas flores en racimos de hasta 12 flores de color blanco y amarillo, y que exhalan un profundo aroma. Se abren por la noche y se cierran por la mañana. Es la flor nacional de Filipinas, donde es habitual verla entrelazada en collares que se utilizan como ofrenda en las iglesias o para aromar.

[29] Árbol copudo y frondoso, de flor pequeña, olorosa.

[30] Árbol mediano, con flor de perfume y forma parecidos al azahar. *De nombre científico *murraya paniculata*, es un árbol de tamaño pequeño y de madera dura que da unas flores blancas que desprenden una fuerte y singular fragancia. Sus hojas y sus flores se usan con propósitos curativos. Es un árbol endémico de Filipinas que hoy se encuentra en peligro de desaparecer.

—Bueno, hijo, no te incomodes —contestó el viejo dulcemente—. De todos modos, ya tengo un buen puñado de ellas y estoy muy cansado. Agradecería un trago de agua... y un rato de descanso.

El vaquero entró en la casuca y le ofreció un agua limpia servida en la cáscara pulida de un coco. Ante la puerta había un tronco atravesado y Blas se lo indicó como asiento. Inmediatamente volvió a entrar en la choza y sacó un cesto viejo, poniéndose a remendarlo.

El viejo se limpió el sudor con la manga de su camisa china, pasándose el antebrazo por la frente. Después, mientras jugueteaba con las setas dentro del sombrero colocado en el suelo, le preguntó:

—¿Qué tal la vacada? ¿Tienes muchos chotos?

—¡Bah! —indefinidamente gruñó.

—Y Hada, tu vaquita, ¿te sirve de algo?

—La monto para seguir al ganado.

—¿No te ha dado ningún choto?

En contra de su costumbre. Blas siguió respondiendo. La tormenta del día antes y la estación, toda canción y amor, le habían rozado levemente.

—Se podría morir —respondió a la última pregunta—, y no la cruzo.

—Para lo que te sirve —sonrió el viejo—, en cambio te podría dar una cría útil.

—¿Y de qué utilidad iba a serme la cría? —dijo levantándose.

El viejo comprendió que la conversación estaba acabando y que Blas se escabullía. Se atrevió a abordarle de una vez.

—¿No has vuelto a saber nada de Doric?

Blas no se inmutó. Sin mirar a su interlocutor le lanzó esta respuesta:

—Se murió.

—¿Se murió? ¿Cuándo?

—Se murió en mi vida. ¿Ves lo que me interesas tú? ¿Lo que me interesan los de la hacienda, lo que me interesa ese tronco donde estás sentado? Pues igual me interesa ella.

Conforme iba hablando, sus ojos se abrían, y una espumilla blanca escurría por los ángulos de la boca. Se agachó cogió el sombrero lleno de setas y se lo puso en las manos al viejo.

—Toma, vete y di a los que te han enviado que Blas no se ha muerto todavía, pero que apenas es de este mundo. Diles que no me he muerto porque antes de morir he de cumplir unos deberes que me he impuesto.

El viejo se había levantado. Blas dio media vuelta, se metió en la choza y cerró la puerta. El viejo oyó entonces un grito horrible, mitad rugido, mitad estertor, que se prolongó un instante y quedó cortado súbitamente, como si algo sobrenatural ocurriese dentro de la cabaña. A pesar de la mañana, clara abrileña, sintió miedo y se marchó apresuradamente, sin atreverse a volver la cabeza. Al cabo de unos momentos percibió el chirrido de la puerta que se abría y oyó una carcajada infernal.

—¡Ja, ja, ja, ja...! Me tenéis miedo, me tenéis miedo.

Si hubiera vuelto la cara hubiera visto a Blas gesticulando como un loco delante de su choza.

Cristina no pudo marcharse en busca de Doric, porque la mujer de Roque había quedado embarazada otra vez. Un embarazo penoso que abotargaba la cara y los miembros, con hinchazones dolorosas y una palidez fatídica. No se la podía dejar sola para un viaje sin plazo y sin itinerario fijos.

Pero a pesar de los cuidados, a pesar de que se llamó al médico del amo, a pesar de su ciencia más o menos eficaz, el parto fue tan difícil, que hubo que operarla, y al nacer

un niño, aparentemente robusto, la madre tributó su vida al nuevo brote.

Y ahora, un año más tarde, ese niño, hijo único y nieto de Cristina, criado por ella con todos los esmeros, agonizaba también.

Las últimas gallinas se habían sacrificado para desagraviar al enojado espíritu que lo consumía. En aquella noche de lluvia tropical, persistente, tenaz y despiadada, el amo había visto al chiquillo sacudido por convulsiones periódicas, que cesaban cuando el niño se desvanecía, con los ojos en blanco, como un trozo de carne muerta ya.

Con un tiempo menos inclemente, se hubiese ido a buscar al médico del pueblo. Pero en la época de lluvias ni los carros tirados por un *carabao* podían atravesar la enfangada distancia sin peligro de quedarse en la carretera. Además, aquella noche llovía más que ninguna y el médico se hubiese negado a venir. Se envolvió el cuerpo del enfermo con toallas húmedas y calientes para calmarlo. Y el nuevo día le halló menos inquieto, pero más extenuado.

Cuando, algún tiempo después, Juana nos volvió a contar esta historia, porque su repertorio se agotaba y forzosamente había de repetir los cuentos ante nuestra insistencia infantil, añadió a lo ya transcrito el final, doloroso y trágico.

Cristina y Roque explicaron al amo con obstinación su creencia de que era el *tic-tic* el causante de la enfermedad del niño, así como de todos los males que les habían acaecido. Y el *tic-tic* era Blas.

—Señor, si acaso... si usted fuese a verle..., quizá conseguiría algo —le suplicaban—; seguro que lo conseguiría.

Sólo por darles este último consuelo, el amo fue en busca de su caballo y partió para el Calatcat. Blas no estaba en su choza. Empujó la puerta y ésta se hallaba atada con una cadena a otro

—¡Ja, ja, ja, ja...! ¡Me tenéis miedo, me tenéis miedo!

bambú que servía de jamba al hueco de aquélla, quedando los extremos de la cadena sujetos con un candado. El amo picó espuelas para dirigirse a los pastos, pero al pasar junto al toril vió a las vacas encerradas aún comiendo una abundante cantidad de hierba que les había dejado el vaquero. Todo ello le pareció tan extraño, que retrocedió hasta la choza. Atisbó por un agujero entre las *nipas* y no vio nada en el interior. Sin forzar la puerta, regresó a la hacienda.

Esta ausencia del vaquero confirmó aún más las sospechas de Cristina y Roque.

—Señor, es que está convertido en *asuang* para acabar de matar al niño.

El amo calló. Y se envió por el médico.

Por la tarde volvió a la choza de Blas, donde todo seguía lo mismo. Pero las vacas encerradas estaban sin alimento. El vaquero no había vuelto para ocuparse de ellas. Y cerrada la noche, fue una vez más a averiguar si Blas se había recogido. Ni la puerta cedió, ni hubo respuesta a las llamadas, ni el ganado tenía el pienso de la noche.

Y el niño agonizaba. La abuela le miraba resignada, mientras el padre permanecía silencioso con los amigos y parientes que habían ido a acompañarle.

Se levantó súbitamente, cogió su *bolo*, llenó de sal un talego y se dispuso a bajar.

—¿A dónde vas? —le preguntó un compadre.

—Si Blas está aquí matando a mi hijo, su medio cuerpo debe hallarse escondido en algún paraje recóndito. Y a eso voy, a encontrarlo y a aniquilarlo.

Quisieron detenerle, pero no pudieron. Dos de ellos le acompañaron hasta la salida del caserío; allí, las tinieblas y el miedo les hicieron retroceder. Sólo el padre supo vencer y siguió adelante.

Cuando volvió, pasada la media noche, su casa se llenaba de llantos. El niño acababa de morir.

—Ya está —exclamó—, ya no volverá a hacerme daño.

Y colgó el talego vacío en un rincón de la cocina.

Al día siguiente se presentó al amo para decirle que en un cañaveral, el más espeso del Calacat, había encontrado, la noche antes, el medio cuerpo de Blas y había volcado sobre él la sal que llevaba.

—Blas se habrá muerto a estas horas, porque al volver a buscarlo no habrá podido reunirse con su mitad.

El amo le miró para cerciorarse de que no estaba loco. Pero los ojos de Roque permanecían serenos, y su mirada, firme.

—Monta una vaca y vamos a verlo.

Y tras el caballo del amo fue hasta la choza. Al llegar allí se adelantó Roque para marcar el camino. Las vacas mugían de hambre en el toril. A través de la mañana clara, sobre la planicie verde y parda, iban Roque y su amo en busca del cuerpo de Blas. Atravesaron un riachuelo, bordearon un campo de *iñam* y, al fin, penetraron en el cañaveral. El recodo de un arroyo, al recoger la humedad, había desarrollado una vegetación tupida y robusta de *tigbaws*, madreselvas, liana y otras enredaderas tropicales de hojas gigantes, formando una cueva vegetal en la cual apenas penetraban los rayos del sol.

Dentro de ella, el cuerpo de Blas, segado por la cintura, yacía sin vida, con las vísceras expuestas en macabro espectáculo.

Juana no nos contó si el amo hizo preguntas para averiguar la verdad o si intervino la justicia. Ella creía, y a nosotros nos convenció de ello, que Roque había echado sal al cuerpo escondido del vaquero, con lo cual el *tic-tic* murió.

Y nosotros casi nos alegramos de su muerte.